

MARGARINA IMPERIAL¹

Los resultados a menudo decepcionantes de la descolonización han suscitado un revisionismo que olvida por qué se desacreditó en primer término el colonialismo. El historiador británico Niall Ferguson se convirtió en un sobresaliente popularizador de esta corriente con la publicación de *Empire: How Britain Made the Modern World* y *Colossus: The Rise and Fall of the American Empire*. Escrito como para enseñar a los estadistas y a los ciudadanos estadounidenses a ser buenos imperialistas, se han convertido en un éxito de ventas y en un punto de referencia obligatorio en los debates sobre el imperio. Su autor –que en una obra anterior importante, *The Pity of War*, había hecho brillar un desdeñoso reflector sobre el militarismo patriótico de la Gran Guerra– ha pasado en rápida sucesión de Oxford a la Universidad de Nueva York y de ahí a Harvard.

La atención de Ferguson a la historia económica es de agradecer, por tratarse de una subespecialidad de una disciplina olvidada con gran coste intelectual. Hay que felicitarlo con más cautela por llamar al imperio por su nombre. Cree que el Reino Unido inventó el capitalismo y, con él, las que a él le parecen las ideas y las instituciones más valiosas del mundo contemporáneo: la lengua inglesa, la propiedad privada, el Estado de derecho, las estructuras parlamentarias, la libertad individual y el cristianismo protestante. Los admiradores podrían considerar la inclusión del protestantismo como ejemplo de broma pícaro, retorciéndole el rabo a la corrección política, pero podemos estar seguros de que Ferguson lo dice muy en serio. La tranquila autocomplacencia británica de *Empire* se convierte en respaldo del mesianismo nacional estadounidense en *Colossus*, indicando que la fórmula imperial anglo-estadounidense –que él denomina «anglobalización»– ofrece a los colonizados la mejor esperanza de éxito capitalista. En cuanto historiador de los pueblos angloparlantes, Ferguson intenta rescatar de su tumba contemporánea el estudio que Winston Churchill plasmó en incontables y prohibitivos volúmenes forrados en piel. Ofrece una narración ágil, aderezada con buenas citas del gran hombre; pero seguramente

¹ Niall FERGUSON, *Colossus: The Rise and Fall of the American Empire*, Londres, 2005, 386 pp.; Niall FERGUSON, *Empire: How Britain Made the Modern World*, Londres, Penguin, 2004, 422 pp.

el barniz neoconservador que añade a la visión churchilliana habría inspirado reservas en alguien que, después de todo, ayudó a fundar el Estado del bienestar británico. Por el contrario, Ferguson afirma con insistencia en *Colossus* que si Estados Unidos quiere construir con éxito el imperio tendrá que recortar al mínimo los programas sociales.

Se supone que la afirmación de Ferguson sobre la contribución decisiva que el imperio hace al desarrollo vale tanto para el futuro como para el pasado. Pero las pruebas en las que se basa son muy selectivas: los únicos imperios para los que tiene tiempo son el británico y el estadounidense. El hecho de no introducir una verdadera dimensión comparativa contrasta llamativamente con la seria atención que presta a todos los principales beligerantes en *The Pity of War*. Mientras que en dicho libro exhibía un dominio de una amplia gama de fuentes alemanas y austriacas, la bibliografía de *Colossus* y de *Empire* no incluye una sola obra que no sea en inglés. El descenso general de calidad en la obra de Ferguson entre *The Pity of War* y estos dos libros posteriores es una refutación performativa de su fe en la magia del mercado, ya que los produjo apresuradamente como respuesta a la demanda.

Aunque las buenas anécdotas hacen que *Empire* resulte legible, Ferguson olvida, o malinterpreta, aspectos cruciales de la logística imperial y de la economía política. Es una gran hazaña escribir la historia del imperio británico y omitir cualquier análisis verdadero de la Royal Navy durante el periodo crítico de 1650-1815. Es como *Enrique V* sin la batalla de Agincourt. Sólo un Estado realmente moderno podía construir, dotar de tripulación y pertrechar una fuerza permanente de más de cien buques de guerra. De haber consultado la obra de N. A. M. Rodgers –un autor cuyo punto de vista le resultaría muy compatible– podría haber dado a los lectores un atisbo de cómo era verdaderamente la vida a bordo de un buque de guerra del siglo XVIII y podría haber explicado por qué los británicos superaron en potencia de fuego a los franceses. Y si hubiera consultado *Merchants and Revolution* de Robert Brenner y *Sinews of Empire* de John Brewer –autores cuyo punto de vista le habría resultado menos compatible– podría haber captado mejor las bases económicas. Igualmente, Ferguson ofrece en los primeros capítulos de *Colossus* un animado esbozo del imperio estadounidense en los días del «destino manifiesto» y de la «vara grande», pero presta poca atención al enorme esfuerzo diplomático y económico que posteriormente se dedicó a la construcción de una cadena planetaria de bases militares (un aspecto bien cubierto por Chalmers Johnson en *Sorrows of Empire*). Crece la sospecha, confirmada por el entusiasmo que muestra ante la invasión de Iraq lanzada por Bush, de que Ferguson, como otros neoconservadores, se ha dejado seducir por el romanticismo y por la retórica del imperio, pero niega sus razones logísticas y económicas.

La retórica y el romanticismo son de tonalidad oscura. Ferguson admite que el imperio anglo-estadounidense se involucró en gran destrucción y atrocidad, pero con resultados en última instancia beneficiosos. Su argu-

mento es que arrastrar al mundo a la modernidad era –es– un proceso inevitablemente difícil y feo. Quienes se encuentran en el extremo receptor del imperialismo anglo-estadounidense tienen suerte, porque al menos la tutela imperial británica y estadounidense demostró ser más benigna que la de otros imperios contemporáneos, como los alemanes, los japoneses, los soviéticos, o incluso los franceses, los portugueses y los españoles, aunque poco se dice de éstos. Quizá un descendiente de los algonquinos o de los nativos de Tasmania, si pudiéramos encontrarlos, no se mostraría de acuerdo. Ferguson no se niega a considerar los crímenes de la colonización –un capítulo de *Empire* se titula «White Plague» [La plaga blanca]–, pero construye una especie de hoja contable cósmica en la que, como ocurrió con el Banco de Inglaterra en su momento culminante, el haber supera cómodamente al debe; las faltas del imperio quedan redimidas por los logros que al final alcanza. Alguien tenía que fomentar el avance del capitalismo y de las instituciones representativas, y alguien tiene que vigilar el orden internacional. A buen seguro John Bull y el Tío Sam hicieron –y hacen– mejor trabajo que cualquier alternativa posible.

Ferguson nos recuerda más de una vez el momento culminante, que justifica todo lo sucedido antes, en el que el imperio británico se enfrentó solo a la barbarie nazi. Su disculpa al pasado imperial se proyecta en un futuro indefinido, como si estuviéramos congelados para siempre en el año 1940, y nos enfrenta a las sombrías alternativas entonces presentes. (Sigue habiendo, por supuesto, aún muchos británicos –algunos, como Ferguson, que ni siquiera habían nacido en 1940– que se irán a la tumba farfullando sobre la «mejor hora».) Aunque llama la atención adecuadamente sobre la naturaleza imperial del esfuerzo bélico británico, no registra el creciente desencanto de muchos británicos respecto al imperio, especialmente de los soldados, como atestiguan las actas del «parlamento de las fuerzas armadas» de El Cairo en 1944.

Los imperios del periodo contemporáneo despreciaron la humanidad de los pueblos sometidos, y los sacrificaron a las insaciables exigencias de un proceso de acumulación capitalista. A este respecto, supusieron un paso atrás en comparación con su supuesto modelo, ya que Roma no fomentó la jerarquía racial, no expuso el sustento de los pueblos a las fuerzas del mercado, y acabó extendiendo la ciudadanía a todos. Ferguson lo interpreta de diferente manera. Admite que el «primer imperio» de Reino Unido se deterioró por el pillaje y la rapiña, con un excesivo comercio de esclavos desde África, el saqueo de ciudades en América y una horrenda hambruna en Bengala. Pero el asentamiento del litoral norteamericano fue un gran logro, y un imperialismo más responsable, nacido en la década de 1780, consiguió purgar al imperio de sus primeros excesos y descubrir formas más dignas de dejar vivir de las que se evidenciaban en 1776.

Este enfoque pasa por alto los rasgos sistémicos de explotación imperial de los colonizados y los esclavizados. Considérese el tratamiento que Ferguson da a la esclavitud colonial. Reconoce de buen grado que el comercio de

esclavos era una abominación y evoca brevemente el «paladar exigente» del consumidor británico. Pero no explica por qué había muchos más consumidores británicos que, pongamos, españoles o franceses, a pesar de que la respuesta obvia es que su amado capitalismo se había introducido mucho más en Gran Bretaña que en el continente. En un punto de *Empire* llega a decir estrafalariamente, de un país que había iniciado la senda de la agricultura capitalista, que era «económicamente insignificante» en 1615.

El tema preferido de Ferguson es el éxito económico del imperio, y sin embargo pasa por alto la enorme contribución hecha por la esclavitud de las plantaciones al crecimiento económico inglés en el siglo XVIII y principios del XIX. *Empire* no contiene explicaciones sobre la jornada de trabajo de los esclavos en las plantaciones de caña caribeñas, ni sobre cuántos esclavos se mantenían vivos, ni sobre el valor del producto esclavo en el comercio imperial y europeo (en torno a un tercio en 1801-1802). Atender a estos aspectos habría confirmado algunas de sus tesis más preciadas, pero a expensas de otras. Así, el comercio con la zona de plantaciones proporcionó a Gran Bretaña enormes beneficios, elementos de un nuevo mundo de consumo exótico (azúcar, tabaco, tintes) y la materia prima crucial para la Revolución Industrial (el algodón), así como un importante mercado para las exportaciones de manufacturas británicas. Otras partes del sistema atlántico –las pesquerías, los comerciantes que aprovisionaban Nueva Inglaterra, los tratantes de esclavos– contribuyeron a un auge atlántico basado tanto en el trabajo esclavo como en la mano de obra nacional asalariada. Si lo deseara, Ferguson podría haberse vanagloriado de que el tráfico atlántico de esclavos y la producción esclavista estuvieran impulsados por el libre comercio, extendido más allá de las fronteras de un sistema mercantil cada vez más ineficaz. El término *laissez faire* lo acuñó un comerciante colonial. Pero pasa esto por alto y a cambio exagera el papel desempeñado por las reales compañías.

El hecho de que Ferguson se centre en la trata de esclavos y olvide qué fue lo que la fomentó da un nuevo giro al dicho de un gran historiador del imperio, cuya obra él no menciona. Eric Williams, el líder nacionalista de las Indias Occidentales, autor de *Capitalism and Slavery* (1944) y durante mucho tiempo primer ministro de Trinidad, observó una vez que a menudo los historiadores británicos escribían como si su país sólo hubiera asumido la mayor rama del comercio atlántico de esclavos de cualquier potencia colonial «para darse la satisfacción de suprimirlo». Ferguson no peca de gazmoño; su estilo es más bien el del deleite en el poder imperial. Pero también ofrece consuelo: «Algo muy llamativo en la historia del imperio es que cuando los británicos se comportaban de manera despótica, casi siempre se producía una crítica liberal de dicho comportamiento desde el interior de la sociedad británica». Su método aquí recuerda misteriosamente a lo que Roland Barthes, en *Mitologías*, denominó «operación margarina»:

Tome el valor establecido que usted desee restaurar o desarrollar y exponga profusamente su mezquindad, la injusticia que produce [...] después [...] sál-

velo *a pesar de sí mismo*, o mejor *por* la pesada maldición de sus defectos [...] el Orden Establecido no es ya más que un compuesto maniqueo y por lo tanto inevitable, que gana en ambos cómputos, y es por consiguiente beneficioso.

El término de Barthes es un *hommage* a un anuncio de la televisión francesa de la década de 1950 que admite al principio que la aceitosa pasta amarilla es un sucedáneo poco atractivo, pero enseguida insiste en que quienes sean suficientemente valientes como para probarla se verán gratamente sorprendidos. La analogía viene al caso aquí porque los consumidores británicos compraban margarina de Unilever, una empresa ejemplarmente colonial, y porque el colonialismo era, en el mejor de los casos, un sucedáneo inferior de la modernización.

El análisis abstracto que Ferguson hace del comercio de esclavos va seguido de un saludo al abolicionismo evangélico, hermosamente evocado en la vida de John Newton, y al espíritu de la secta Clapham. No nos dice cómo o por qué los abolicionistas vencieron al fin, y tampoco describe la contribución de las ramas del inconformismo *antiestablishment*, cuya influencia en la década de 1830 fue más importante que la de la secta Clapham. Ferguson disfruta más recordando las hazañas brutales de los piratas y de los comerciantes de esclavos que estudiando las medidas de un proceso de acumulación que patrocinaba un gigantesco –y en algunos aspectos muy moderno– sistema de trabajo forzoso, con meticulosa anotación en archivos y estrecha vigilancia. La propia contabilidad moral de Ferguson la sugiere un breve comentario sobre los trabajadores coloniales contratados de finales del siglo XIX: «No cabe duda de que la mayoría [de los trabajadores obligados por contrato] sufrían grandes penalidades [...] Pero nuevamente no podemos fingir que esta movilización de mano de obra asiática barata y probablemente subempleada para plantar caucho y buscar oro careciera de valor económico». O, como se dice en «Operación margarina»: «¿Qué importa, después de todo, si el Orden es un poco brutal o un poco ciego, cuando nos permite vivir de manera barata?».

India fue el soporte del segundo imperio británico, al igual que la esclavitud lo había sido del primero. Los especialistas contemporáneos corroboran el lúgubre veredicto de la historiografía nacionalista sobre el dominio británico en el subcontinente, que desindustrializó la India y debilitó fatalmente su agricultura. La obra de Amartya Sen, recientemente ampliada y desarrollada por Mike Davis, nos explica ahora en parte las recurrentes hambrunas de la India británica, que causaron millones de muertos en las décadas de 1870, 1890, 1900 y 1940. Un orden político que excluía a la enorme mayoría de los súbditos indios, y un gobierno colonial cegado por la economía del *laissez-faire* y las creencias malthusianas sobre la superpoblación condujeron al repetido desastre. Ferguson, sin embargo, trata las hambrunas del Raj en los siglos XIX y XX como una cuestión menor, que sucedió fuera de escena y fue bastante poco característica de la exaltada conducta del Servicio Civil Indio (SCI). Tras un comprensivo relato sobre la posición dominante aunque solitaria del fun-

cionario imperial que gobernaba una provincia, Ferguson observa en una nota a pie de página: «Está de moda alegar que las autoridades británicas no hicieron nada por aliviar las hambrunas inducidas por la sequía que se produjeron en aquella época». El uso despectivo de la expresión «de moda» [*fashionable*] lo excusa aparentemente de abordar la discusión. A cambio, nos ofrece un ejemplo de otro solitario juez de paz, comenta la angustia y el «desayuno vigoroso» del hombre del SCI, pero sin sondear las razones para la desesperadamente inadecuada respuesta oficial. Ferguson cree que la descolonización fue apresurada y prematura casi en todas partes, y le gusta señalar los resultados a menudo decepcionantes de la independencia como justificación para un nuevo imperialismo. Pero en el caso de India no afronta el hecho de que la independencia puso fin a los estragos causados por el hambre generalizada. La incapacidad del imperio para simplemente mantener vivos a muchos de sus súbditos indios supone una profunda contradicción de su argumento básico.

Sin abandonar los confines conocidos de la historiografía nacional, a Ferguson le gustaría no obstante hacer grandes reivindicaciones para el imperio británico y después para el estadounidense. Se inspira en *La riqueza y la pobreza de las naciones* de David Landes para establecer las precondiciones claves del avance económico. Destila lo que ha recogido de Landes e identifica un conjunto de ingredientes institucionales cruciales para un desarrollo adecuado. El poder gobernante debe garantizar los derechos de propiedad privada y libertad personal; hacer cumplir los derechos de contrato; y proporcionar un gobierno estable, honrado, moderado, eficaz y no avaricioso. El gobierno colonial proporcionó estas condiciones y convenció a los inversores de que su dinero no corría peligro.

Si reunimos una lista de los ejemplos más drásticos de innovación y mejora económicas pronto queda claro que los elementos enumerados por Ferguson y Landes son opcionales; de hecho, debería aconsejarse a los candidatos, como si se tratase de realizar un examen de respuesta abierta, que prueben sólo con dos preguntas. Gran Bretaña 1750-1830; Estados Unidos 1790-1860; Alemania 1870-1923; Japón 1880-1940; Rusia 1890-1914 y 1930-1950; Francia 1950-1970; España 1960-1990; los «tigres» del sureste asiático 1960-1990; China 1980-2004. Es lamentable pero cierto que varias de estas sociedades en vías de industrialización obtuvieron una elevada puntuación en avaricia y corrupción, y obtendrían bajas puntuaciones en derechos humanos, democracia y claridad de los derechos a la propiedad. Pero indudablemente cada uno de estos países estaba en posesión de una verdadera independencia de la que, por definición, no disfrutaban las colonias. De hecho, estos episodios transformadores confirman el argumento clásico establecido por Paul Baran en *The Political Economy of Growth* (1954) de que los Estados autónomos serían más capaces de alcanzar el progreso económico.

A pesar de mantener un imperio que cubría la cuarta parte de la superficie terrestre, los británicos tuvieron poco éxito en la expansión del paquete institucional que Ferguson menciona, excepto en las colonias de asentamiento

de Norteamérica y Australasia. (La supervivencia de la democracia parlamentaria en India podría contar sólo en parte, ya que, después de todo, fue el movimiento nacionalista indio el que presionó para que se establecieran y utilizó las estructuras representativas en el periodo colonial.) Como reconoce Ferguson, el avance de estas regiones se basó en el completo desposeimiento de los nativos. Aparentemente considera que a largo plazo dicho desposeimiento se redimió por el progreso económico y político que permitió, de la misma forma que los simpatizantes creían que debía perdonarse a Stalin debido a la presa de Dnieprostroi y a las victorias del Ejército Rojo.

La destrucción de los pueblos nativos por parte de los conquistadores europeos provocó memorables condenas de Las Casas, Montaigne, Voltaire y Chateaubriand. Pero Ferguson no los menciona, quizá porque no eran suficientemente protestantes y anglosajones. Por el contrario, pregunta retóricamente cómo podría haber tenido otro resultado el encuentro entre colonos y nativos. Y por brutal que fuera la historia anglosajona de limpieza étnica y colonialismo de asentamiento, aduce que no fue tan deliberada y cruel como el imperialismo nazi y estalinista. Antes, los apologistas ilustrados del imperio lamentaban la desaparición de los pueblos indígenas. Pero los realistas imperiales de hoy no tienen tiempo para tal sentimentalismo. Ferguson insiste bruscamente en que la «anglización de Norteamérica y de Australasia» fue uno de los grandes logros del imperio británico.

El subtítulo de *Empire – How Britain Made the Modern World* [Cómo Gran Bretaña hizo el mundo contemporáneo]– debería haber dado cierta pausa a Ferguson, ya que el triste estado del mundo refleja de hecho el legado del imperio británico y de otros imperios contemporáneos. Muchas de las divisiones intercomunitarias más recalcitrantes fueron deliberadamente fomentadas, si no instigadas, por la política imperial del divide y vencerás; mientras que en un plano más profundo, la división del mundo en regiones ricas y pobres la estableció primeramente el imperio. Cualquier enumeración de los conflictos intercomunitarios más peligrosos y difíciles del mundo incluiría el enfrentamiento entre India y Pakistán, y el choque árabe-israelí. La partición de Chipre y el conflicto aún no resuelto de Irlanda del Norte, así como las profundas tensiones raciales en Guyana y Fiji también figurarían en dicha lista. En la era posterior al *apartheid*, el legado racista del imperio y la colonización se está desmantelando gradualmente en Suráfrica, pero en muchas partes del continente se mantienen los problemas. Ferguson arguye que el sentimiento étnico y la división precedieron ampliamente a la colonización. Observa con razón que a menudo los colonizadores expatriados fueron la fuerza motriz de privilegios y distinciones raciales injuriosos. Pero estrategias imperiales como Locke o Gladstone secundaron el racismo colonial porque en eso se basaba el imperio. Y tampoco registra la afición que los administradores imperiales sentían por cultivar las denominadas «razas marciales» a expensas de otros súbditos coloniales. A los políticos de Whitehall no siempre les gustaron los resultados que sus estrategias produjeron, y las líneas de fractura entre comunidades no siempre fueron resultado de su

actuación, pero no obstante el favoritismo imperial tiene mucho por lo que responder; después de todo, ellos eran los encargados. (De la misma forma, los neoimperialistas actuales tienen cierta responsabilidad en el agravamiento de las divisiones intercomunitarias en los Balcanes e Iraq).

La división del mundo en regiones ricas y pobres sigue aproximadamente los antiguos límites entre áreas imperiales y colonizadas, a pesar de que a veces ha sido parcialmente contrarrestada o matizada por la resistencia o por legados institucionales o naturales previos. La experiencia colonial debilitó la capacidad de los colonizados para negociar una relación ventajosa cuando apareció el mercado mundial capitalista, y a menudo los condenó a la subordinación y al abandono. En *Colossus*, Ferguson cita los decepcionantes resultados de la mayoría de las ex colonias como parte de su alegato a favor del imperio, cuando sería más lógico concluir que, de hecho, los imperios no equiparon realmente a los colonizados de técnicas de supervivencia. La mala situación de las ex colonias africanas de Gran Bretaña lo lleva a alegar que «hasta las mejores instituciones trabajan peor en lugares de calor excesivo, asolados por las enfermedades o sin salida al mar». Acepta que la tasa de crecimiento anual total de India entre 1820 y 1950 –0,12 por 100– fue penosamente baja, pero se niega a considerar responsables a las egoístas disposiciones imperiales porque «el supuesto “drenaje” de capital desde India a Gran Bretaña resulta haber sido comparativamente modesto: sólo aproximadamente el 1 por 100 de la renta nacional india entre la década de 1860 y la de 1930, de acuerdo con un cálculo del excedente de exportación». Pero obviamente un país que crece sólo un 0,12 por 100 anual habría podido dar muy buenos usos a ese 1 por 100 perdido anualmente. El propio Ferguson señala que la tasa de escolarización en Gran Bretaña era ocho veces superior a la de India en 1913.

Los imperios no inventaron el desarrollo desigual del capitalismo, pero ayudaron mucho a consolidarlo. Habiendo heredado o establecido una estructura jerárquica ventajosa, la reforzaron. La esclavitud de las plantaciones, por ejemplo, aportó gran riqueza a algunas colonias atlánticas, pero no generó un crecimiento sostenido e independiente en la zona de plantación, como atestigua la experiencia después de la emancipación del sur estadounidense, el Caribe y Brasil. Las mejoras en infraestructuras realizadas por los imperios fueron las necesarias para facilitar el movimiento de tropas y la exportación de mercancías; y se descartaron otros fines, a menudo con efectos catastróficos. En un proceso que Mike Davis ha denominado «los orígenes del Tercer Mundo», las incursiones occidentales en China desde la Guerra del Opio en adelante debilitaron a las autoridades Qing y les impidieron mantener el sistema de defensas hidráulicas vital para el país. Con su servicio de aduanas dirigido por un consorcio de potencias extranjeras, China sufrió una desindustrialización casi tan grave como India.

El programa neoliberal de Ferguson lo lleva a prestar escasa atención a la manera en que los imperios no anglosajones promovieron la integración económica y la coordinación por medios distintos del mercado. En un

comentario de pasada que hace en *Empire* para explicar «por qué Gran Bretaña pudo superar a sus rivales ibéricos», no explica la fuente de la riqueza española, sino que dice que Gran Bretaña «tuvo que disponerse a colonizar los poco prometedores terrenos baldíos de Virginia y Nueva Inglaterra, en lugar de las ciudades eminentemente saqueables de México y Perú». Ciertamente, tanto españoles como británicos saquearon la plata y el oro americanos. Pero Ferguson no explica cómo funcionaba este tipo de imperio rival y parece considerarlo económicamente menos impresionante que la historia de asentamiento británica. Los administradores españoles fueron, de hecho, innovadores que confiaron principalmente en la mano de obra asalariada para extraer y procesar las vetas de plata. En lugar del simple «saqueo» adoptaron un sistema tributario, similar a la organización inca y azteca, que exigía a las aldeas de indígenas que proporcionaran trabajo, alimentos o textiles a las arcas reales. El rey reclamaba la quinta parte de la plata extraída. Pero ganaba mucho más ofreciendo concesiones mineras y vendiendo en sus tiendas comida y textiles procedentes de los tributos a los mineros asalariados. Fue este sistema ingenioso, no el saqueo, el que sostuvo un sistema de explotación altamente rentable durante casi tres siglos. Se trata sólo de un ejemplo de la organización productiva promovida por el imperialismo ibérico que explica por qué la elite mexicana y la peruana eran tan reacias a romper con el imperio. Con la independencia hispanoamericana toda esa coordinación desapareció, y la entrada en el «imperio de libre comercio» informal británico condujo al estancamiento económico o a la recesión.

Los imperios podían promover una especie de desarrollo colonial limitado y normalmente interesado. A menudo, como hoy, el impulso imperial derivaba tanto de una confianza presuntuosa y de un celo misionero como de un cálculo sobrio de los beneficios materiales. Cuando se expandieron los imperios, lo hicieron en parte porque podían, en parte porque funcionaban dentro de un sistema multiestatal competitivo, y en parte porque en las regiones metropolitanas en las que se estaba asentando el capitalismo los consumidores querían productos coloniales. A las autoridades imperiales chinas no les interesaba colonizar África, aunque perfectamente hubieran podido hacerlo. A partir del portugués, los imperios marítimos europeos entraron en la lista, primero porque veían una ventaja que no querían ceder a otros y segundo porque quienes recibían rentas, aranceles, beneficios y salarios nuevos tenían sed de mercancías exóticas.

El hincapié que Ferguson hace en la exportación imperial de un paquete institucional neoliberal lo sitúa directamente en el campo de quienes creen que la modernización y la revolución democrática burguesa se pueden introducir desde fuera. Pero en *Colossus* advierte que, en su configuración actual, el proyecto imperial estadounidense adolece de defectos fatales, ya que el público estadounidense no está dispuesto a hacer los sacrificios necesarios para que tenga éxito. Por una parte, muy pocos estadounidenses de la elite o de clase media están dispuestos a pasar muchos años de su vida en lugares lejanos introduciendo a los nativos en

los secretos de la civilización anglosajona. Por otro, a pesar del creciente déficit, al público votante estadounidense le entusiasman unos programas sociales cada vez más caros, como la Seguridad Social o el Medicare, que sencillamente no dejan espacio presupuestario para extensas misiones imperiales en el extranjero.

Ferguson sostiene que los graduados de la Ivy League no acudirán en tropel a desempeñar su deber en bases extranjeras distantes e inhóspitas como hicieron los graduados de Oxford a comienzos de la década de 1900: «Los mejores y los más brillantes de Estados Unidos no aspiran a gobernar Mesopotamia, sino a dirigir MTV; no aspiran a gobernar Hejaz, sino a dirigir un *hedge fund*». Como varias de sus agudezas, esto puede resultar divertido, pero también equívoco. En un nuevo libro, *Imperial Grunts*, el también conservador Robert Kaplan demuestra que la economía política y la cultura comercial estadounidenses proporcionan las condiciones que ofrecen muchos puntos de enganche a los reclutadores del ejército. De Kaplan uno aprende que, en los territorios recientemente ocupados, el periodista incorporado visitante es recibido con el grito de «Bienvenido al país de los indios!». Evidentemente, a Kaplan la vida del soldado le parece tan estimulante como –cree él– a quienes firmaron porque no encontraban trabajo o porque podría ofrecerles la oportunidad de ir a la universidad más adelante. Escribe que quienes no han experimentado el combate se han perdido parte de la «experiencia estadounidense», algo «exótico, romántico, excitante, sangriento y emocionalmente doloroso, a veces todo al mismo tiempo». De hecho, Kaplan escribe que «era irónico seguir leyendo noticias sobre reservistas infelices y sobrecargados, porque los miembros de las Operaciones Especiales a los que yo he encontrado aquí y en Afganistán oriental estaban pasando el gran momento de su vida». Kaplan no es Kipling, pero Ferguson subestima la capacidad de la industria cultural para mantener una oferta de «gruñidos imperiales».

Subestima igualmente la capacidad del sistema educativo estadounidense para actuar como imán para alumnos extranjeros que, bajo ciertas condiciones, bien pueden servir de siervos de las empresas estadounidenses, o embajadores de las instituciones liberales o de la economía neoliberal cuando vuelvan a sus países natales, si es que lo hacen. Por consiguiente, la escasez de personal quizá no sea, en sí misma, decisiva. Hay dificultades, sin embargo, para que los licenciados y los doctorados extranjeros puedan convertirse en liberales convencidos y al mismo tiempo no vean cómo está promoviendo Estados Unidos los valores de los que ellos se han embebido en las universidades del país. Podrían muy bien pasar a detectar usos falsos o cínicos de la retórica de liberación, especialmente si conservan el afecto por la cultura nacional de su país natal.

Ferguson cree que Estados Unidos se enfrenta al dilema clásico entre «armas o mantequilla». Si afronta sus responsabilidades mundiales –como él espera que haga– cree que debe dar un hachazo a sus programas sociales internos; «armas o mantequilla», por así decirlo. Si los estadounidenses con-

siguen decidirse a sacrificar la comodidad en su país podrían ser capaces de cumplir con su destino en el exterior. Ferguson y economistas neoconservadores como Peter Peterson y Lawrence Kotlikoff exageran enormemente la «crisis de los derechos»: la dificultad para cumplir las promesas encarnadas por los programas de Seguridad Social y de Medicare. Por otra parte, los analistas liberales y radicales minusvaloran terriblemente el probable coste que supondrá la jubilación de la generación de la explosión demográfica y el cuidado médico en una sociedad que envejece. Después de todo, se espera que el número de estadounidenses de más de 65 años aumente de 36 millones en 2002 a 70 millones en 2031.

Por supuesto, una sociedad rica como la estadounidense podría absorber todos los posibles costes del envejecimiento si se dispusiera, aunque con retraso, a seguir el consejo dado por el diputado Schuyler Colfax en 1862 y encontrara una manera de gravar impuestos a la masa de grandes carteras de acciones que ahora no tributan. (Colfax abogó por un gravamen sobre las carteras de acciones en el mismo discurso en el que abogó con éxito por el establecimiento de un impuesto sobre la renta, el primero en la historia de Estados Unidos.) El verdadero problema no es la ausencia de recursos movilizables, sino, como ocurrió en la Francia del Antiguo Régimen en 1788, la capacidad de los individuos ricos y de las empresas para protegerse de un sistema tributario efectivo. Como he sugerido en otra parte, la mejor forma de obligar a las empresas a pagar su parte para el mantenimiento de la infraestructura social de la que todas se benefician sería adoptar el gravamen sobre las acciones propuesto por Rudolf Meidner, ex economista jefe de los sindicatos suecos. Exigir a las empresas que donaran cada año acciones equivalentes a la décima parte de sus beneficios a fondos sociales colectivos sería una forma de prepararse para el envejecimiento de la sociedad.

La hostilidad de Ferguson a la Seguridad Social concuerda con el titubeante intento por parte de Bush de iniciar la privatización del sistema, como exigen tantos neoconservadores y neoliberales. Es casi como si la guerra y el imperio no se asumieran por las razones indicadas, sino con fines internos, porque sólo la fiebre bélica y el clima de temor pueden hacer aceptable el sacrificio de la protección social para la clase trabajadora y para la clase media. Así, el cambio de régimen y la agresión en el extranjero establecen el escenario para la contrarrevolución social en el propio país. En *The Shield of Achilles*, Philip Bobbitt, quizá un escritor y pensador más influyente que Ferguson, anuncia espeluznantemente que un rasgo definitorio del nuevo «Estado de mercado» será que éste ya no se sentirá obligado a proteger el bienestar de sus ciudadanos. Existe otra sinergia entre la política interna y la exterior. Al igual que se decía que el imperio británico era «un sistema de salida para la aristocracia» –que cubría todos esos puestos de gobierno–, también hoy la cadena de bases en el extranjero es un programa público de trabajo para quienes no consiguen encontrar un trabajo decente en el país. Muchos de los fallos y de las fantasías del proyecto neoimperial derivan de la revolución interna que éste pretende proyectar en el mundo en

general. Así, el gobierno de un país avanzado puede recaudar verdaderos recursos mediante la privatización de bienes nacionales. Pero en el contexto de una sociedad subdesarrollada, aunque sea rica en recursos, un programa de privatización simplemente beneficia a las grandes empresas extranjeras que tienen dinero para comprar los activos estatales. Ferguson exagera los beneficios obtenidos en la época imperial por los pueblos colonizados. Pero los Estados coloniales no sólo construyen ferrocarriles y puertos; también establecen juntas de comercio y fondos de estabilización para sus productos coloniales clave. El proyecto neocolonial quiere imposibilitar dicha iniciativa estatal.

Ferguson respaldó el derrocamiento de Saddam Hussein y la ocupación de Iraq porque ayudarían a poner a Oriente Próximo bajo control estadounidense; en *Colossus* todavía lo alega como justificación para la guerra. En la persecución de este objetivo, la ocupación ha desmantelado buena parte del Estado iraquí, ha establecido un embargo sobre sus activos, ha repartido el país y ha preparado la escena para una maraña de conflictos sangrientos, algunos nacionalistas, algunos antiimperialistas, y algunos violentamente intercomunitarios. La ocupación ha provocado la hostilidad de enormes cantidades de iraquíes que odiaban a Saddam. Esto quedó claro en el segundo aniversario de su derrocamiento, el 10 de abril de 2005, cuando 300.000 iraquíes se manifestaron en Bagdad por la retirada de las fuerzas de ocupación. Hasta ahora, en lo que al azote del terrorismo se refiere, la presencia ilegítima de Estados Unidos sólo ha servido para exacerbar el problema. Los yihadistas dirigidos por Al-Zarkauí no son numerosos ni populares, pero sólo los puede aislar un gobierno iraquí indígena, de base amplia e irrecusable, no una alianza incómoda de lacayos de Estados Unidos y secuaces iraníes. La invasión estadounidense ha costado 100.000 vidas y ha provocado un rápido deterioro de unos servicios públicos ya gravemente dañados por los bombardeos aéreos y las sanciones. La producción de petróleo es mínima y vulnerable. Sólo el Kurdistán podría ofrecer a Estados Unidos la posibilidad de establecer bases seguras; pero eso habría sido igual sin una invasión. Un observador curtido como Ferguson debería haber concluido que el juego no merece la pena.